

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

DIRECTOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 439.

MURCIA 18 DE SEPTIEMBRE DE 1898

La Juventud Literaria

PALIQUE

Que se nos quedan con Cuba
y también con Puerto Rico;
que el mambís nos amonaza
y nos pega el filipino;
que ya no tenemos buques
ni cañones ni explosivos,
¿qué importa, si antes de poco
va a torear Lagartijo?

Que los francos están altos
y el papel por los abismos;
que el Banco de España está
exhausto y comprometido,
que no tenemos un cuarto
y debemos hasta al chino,
¿qué importa, si antes de poco
va a torear Lagartijo?

Que está la historia suspensa
y el honor en entredicho;
que nadie atina a salvarnos,
y el Gobierno está hecho un lío;
que la madeja se enreda,
y está en el suelo el ovillo,
¿qué importa, si antes de poco
va a torear Lagartijo?

Que los soldados se mueren,
que vuelven enclénquos, tísicos,
que se les deben atrasos
que es vergonzoso decirlo,
¿qué importa, si antes de poco
va a torear Lagartijo?

Que España lo pierda todo,
que venga el gran cataclismo,
no importa, mientras podemos
ver de nuevo a Lagartijo.

De la feria solo queda
tan solo triste recuerdo,
y porque las mujeres nos
han hecho perder el sexo.
—Ya las Cortes el gobierno
las ha cerrado, D. Pepe,
—Lo que debiera de hacer
es cerrarlas para siempre.

He dejado la alpaca
por la lanilla

siguiendo los preceptos
del Almanaque;
en sudor anegado
mi rostro brilla
y está molesto el cuerpo
con tal empaque.

Y hasta el próximo domingo,
si tengo humor de escribir,
terminaré este palique
por no saber qué decir.



Personas decentes

A los dos de la madrugada pasaba yo
por la calle de Aníbal, cuando un indi-
viduo se precipitó sobre mí armado de
un puñal.

—Necesito cien francos ó que me dé
usted el reloj que lleva—me dijo en voz
baja el ladrón.

Todas las ventanas de las casas inme-
diatas estaban cerradas y no pasaba ni
un alma por la calle. Con mi bastón de
acero, que nunca abandono, hizo caer
de la mano del malhechor el arma
con que me amenazaba y luego di al
bribón un terrible porrazo en la boca
del estómago.

—¡Basta, por Dios!—gritó el ladrón.
—¡Me va usted á matar!

—Nada se perdería de ello—contesté
yo con la mayor sencillez del mundo.

En aquel momento el agresor hizo un
movimiento y su rostro quedó iluminado
por la luz del gas.

—¡El marqués de Bardimont!—excla-
mé asombrado.

—¿Me conoce usted?—preguntó el la-
drón.

—¡Ya lo creo! Hemos sido condiscí-
pulos.

—¡Es imposible!... Si... si... ahora te
reconozco, pero, por Dios, te pido que
guardes el secreto más absoluto acerca
de nuestro fatal encuentro.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—La de que me expliques cómo ha-
biendo recibido una excelente educación
y habiendo heredado una buena fortuna
te ves reducido á detener á los transeun-

tes en medio de la calle.

—Con mucho gusto—suspiró el mar-
qués.—¿Tienes un cigarro?

—Sí; ahí va.

—¡Dame lumbré.

—Pues bien—dijo el marqués de Bar-
dimont,—lo que me ha reducido á este
extremo es el trato con ciertas personas
decentes.

—No comprendo...

—Ya verás. En Junio de 1865 murió
mi pobre padre, el cual me dijo momen-
tos antes de exhalar el último suspiro:
Gastón, te legó treinta mil francos de
renta y un nombre honrado y sin man-
cha.

Supongo que abandonarás tus tierras
y que residirás en París, que es la ciu-
dad de los engaños y de los grandes pe-
ligros. Acuérdate de que todo depende
de los primeros pasos. Júrame que trata-
re siempre con personas decentes y evitar
las relaciones perjudiciales y dañinas.
Elige bien tus amigos y no te alejes ja-
más de la esfera en que has nacido y en
la que tu nombre te ha de proporcionar
un puesto distinguido.

Como mis gustos eran sencillos, tomé
en París una modesta habitación y em-
pecé á solicitar el trato de las personas
decentes con arreglo á lo que mi buen
padre me había recomendado.

Uno de mis amigos de provincia que
vivía en París desde hacía muchos años,
el vizconde de la Chèrriere, me dijo un
día.

—Esta noche voy al baile del Nuevo
Hotel. ¿Quieres ser de la partida? Es un
baile por suscripción, á 20 francos el bi-
llete.

—No—contesté, recordando las ins-
trucciones de mi padre.

—¿Por qué? Es una reunión encanta-
dora, á la que acudirán muchas perso-
nas decentes.

—¿De veras?

—Sí. Irán los Boisdoual, los Gram-
mont Lafosse, los Valoréy y otras mu-
chas familias conocidas. Yo te presenta-
ré á todas mis relaciones.

—¿Y á qué hora hay que estar listo?

—Vendré á buscarte á las once.

Me vestí de frac y corbata blanca, y á
la hora convenida entraba majestuosamente
en los salones del Nuevo Hotel.

El vizconde que me servía de guía, se
dirigió hacia un grupo compuesto de
cuatro personajes: una señorita rubia y
sentimental; su hermana menor, more-

na y regordeta, una madre, cargada de
cintas y un gomoso extremadamente pá-
lido y afeminado.

El padre—que no estaba lejos del
grupo—se distinguía por su aspecto
grave. Su rostro no tenía nada de vul-
gar y estaba realzado por el abuso de la
diplomacia á que la sociedad nos obliga.

Por lo demás, el corte de su traje y la
blancura de su pechera le colocaban en
la categoría de las personas decentes
que me había recomendado mi padre.

El vizconde de la Chèrriere me cono-
cía mucho y me dió acerca de aquellas
gentes todas las noticias posibles. El
barón Isaac Bayondo, oriundo de una an-
tigua familia del Cairo, había hecho
una gran fortuna en Oriente y era en-
tonces individuo del Consejo de Admi-
nistración de sal de la Dordogne, y co-
lega por ese hecho del duque de la Nas-
se, y del marqués de Castelveroux.

Deseoso de mostrarme galante, invité
á bailar á la mayor de las señoritas de
Ballondo y luego á su hermana Emilia.

Una y otra me dijeron que su padre
tendría mucho gusto en recibirme en
sus salones, lo cual me fué despues con-
firmado por el barón.

Terminado el baile, resolví arreglar
mi vida bajo un aspecto muy distinto.

Puse coche, el vizconde me envió su
sastre, me aboné á la Ópera, tuve un
duelo y empecé á contraer deudas, en
una palabra, fuí ocioso y pródigo y su-
pe colocarme al nivel de las gentes con
quienes me trataba.

El marqués de Castelveroux me dijo
un día:

—Amigo mio, sé que aspiras á la ma-
no de Emilia Ballondo. Es un matrimo-
nio excelente; mas para que puedas rea-
lizarlo, es preciso que aumentes tu for-
tuna y pongas en circulación tu capital.

—¿Y qué tengo que hacer para con-
seguirlo?

—Te cederé cien acciones de las mí-
nas de sal de la Dordogne. Al barón de
Ballondo le gustará mucho que tomes
parte en este negocio... y al cabo de al-
gun tiempo le propondré que te admita
en el Consejo de Administración.

Acepté con muestras de gratitud la
oferta del marqués, el cual al día si-
guiente, trocó cien acciones de la socie-
dad por 120,000 francos de mi patrimo-
nio. Es de advertir que las acciones se
cotizaban con prima.

El hijo de Ballondo, el joven pálido y

